

RITA MORRIGAN

LA LUNA  
EN TUS  
MANOS



La tranquila vida de María Lezcano se tambalea a los diecinueve años, al darse cuenta de que está profundamente enamorada de su hermano adoptivo, Eric Nash. Pero eso no está bien visto en la Inglaterra de 1870... Cuando el joven se da cuenta de que él también está enamorado de ella, decide abandonar el hogar familiar sin dar explicaciones antes de hacer daño a la familia que con tanta generosidad le acogió cuando era niño. Su partida destroza el corazón de María y de sus padres, que no acaban de comprender los motivos de su huida...

Alejandro Montenegro tal vez sea la oportunidad que María estaba esperando, la opción definitiva que le permita olvidar a Eric. Sin embargo, no puede permanecer mucho tiempo a su lado, porque en su país, Cuba, estalla la revolución, justo después de haberle propuesto matrimonio. Y claro, María no es de las que se sientan a esperar: convence a su amiga Alice Green para partir hacia Cuba, una isla misteriosa y legendaria. Pero durante su viaje, se encontrará con quien menos esperaba...

*Para toda mi gente de Vilachá, el lugar donde encuentro mi  
ventana al mar y el faro que me guía.*

*Y para Juan. Gracias por prestarme el Audacious.*

# Capítulo 1

*Inglaterra, 1870*

María Lezcano estaba radiante. Observó su reflejo en el gran espejo de su cuarto antes de hacer un gesto apreciativo. Parecía una princesa. El vestido que su madre había diseñado para su cumpleaños era precioso; la seda color azul noche caía con delicadeza sobre la curva de su cadera hasta cubrir por completo la puntera de sus zapatos plateados y la cintura se marcaba a la perfección con una cinta de terciopelo del mismo azul que el resto, aunque un poco más oscuro. María se giró de medio lado comprobando que la cola se adaptaba perfectamente a la crinolina trasera y no arrastraba más de lo debido. Regresando a la posición anterior, tocó el delicado bordado con hilo de plata del escote que dejaba al descubierto el inicio de los senos. Esperaba que su padre aprobase la prenda y no la obligara a cambiarse a tan solo unas horas de la fiesta de su diecinueve cumpleaños. El vestido había sido ideado por su madre, mucho más moderna y menos restrictiva que su progenitor.

Con un largo e impaciente suspiro, María elevó los hombros para que la tela del escote quedara más holgada; no para disimular y conseguir la aprobación de don Diego Lezcano, sino para ver cómo sería si aquella parte de su anatomía se pareciera a la de sus hermanas y amigas inglesas. Su ascendencia española la había dotado de una serie de rasgos físicos muy distintos a la moda londinense: su larga me-

lena era tan negra como el ébano, lo que la hacía realmente visible en cualquier baile entre todas las cabelleras rubias, castañas y pelirrojas; su estatura era media, pero lo que hacía realmente especial su cuerpo eran aquellas curvas que durante los últimos años habían transformado su cuerpo. Sus piernas, esbeltas, firmes, desembocaban en unas caderas tan generosas que su cintura parecía ínfima hasta que volvía a abrirse a la altura del pecho, que ahora trataba de ocultar en un vano intento de que la tela de su vestido creciera.

Se parecía mucho a su padre, salvo en el «mal genio», como él mismo decía cuando quería molestar a su madre o, simplemente, arrancarle una sonrisa. Porque en realidad no era así. No por el carácter, que sí lo tenía, sino porque también poseía otros muchos rasgos de su madre; los más destacables eran los felinos ojos color azul violáceo que tanto le gustaban.

—¿Puedo entrar?

La suave voz de su madre desde la puerta la arrancó de su contemplación.

—Claro, pasa, mamá —contestó, volviéndose hacia ella.

*Lady Mary Lezcano* abrió del todo la puerta para poder entrar con su silla de ruedas. Como hija y hermana de un conde, pudo haber conservado el apellido de su familia tras el matrimonio pero, como esposa profundamente enamorada, decidió ponerse el de su marido, el socio y mejor amigo de su hermano, *Diego Lezcano*. Sin embargo, el tratamiento de «*milady*» había permanecido unido a su nombre como una costumbre, y como demostración del enorme respeto que todos le profesaban.

—¡Qué bien te sienta! —exclamó *lady Mary* cuando llegó a su lado—. A ver, date la vuelta.

La madre detuvo la silla a unas pulgadas de *María*. Al volverse, esta pudo ver la aprobación en sus ojos expertos. Aquel gesto le hizo ganar confianza, no en vano estaba ante la obra de una de las más famosas y reputadas diseñadoras.

ras de moda de Gran Bretaña. De hecho, aquel vestido era su regalo de cumpleaños. El de su padre había sido un hermoso corcel negro, y sus hermanos le habían regalado una caja de música, libros y un juego de té. También había recibido presentes de sus tíos, los condes de Rohard, y de su primo John. Todo el mundo, incluso los sirvientes de Lezcano's House, la había agasajado de alguna forma.

—¿Tú crees que papá aprobará este escote? —preguntó María, regresando a su preocupación más inmediata.

Se inclinó un poco hacia delante para que su madre contemplara el posible problema.

—Bah, no te preocupes —descartó ella con un gesto de la mano—, mi vestido es aún más escotado; eso distraerá la atención de tu padre.

María sonrió con aquella ocurrencia. Siempre le había llamado la atención el sentido del humor de su madre. Pese a que jamás había podido caminar, nunca permitió que aquel problema le agriara el carácter. María no recordaba un solo día en que su casa no estuviese llena de risas. Todo el tiempo con una palabra amable en los labios, *lady Mary* demostraba amor a todos los que la rodeaban, sobre todo a su esposo y a sus hijos.

Los Lezcano se habían constituido como una de las parejas más apreciadas y admiradas del país; y no solo por la personalidad jovial y divertida de *lady Mary*, sino por la generosidad que habían demostrado a lo largo de los años. A pesar de haber tenido una única hija biológica, habían formado una encantadora familia numerosa con la adopción de siete huérfanos a los que habían educado y amado de una forma atípica entre las ricas familias británicas. Y es que no era propio que los miembros de la alta sociedad atendiesen personalmente a sus hijos, los cuales se pasaban la infancia rodeados por una corte de niñeras e institutrices que desfilaban por sus vidas sin el menor sentimiento de apego.

—Creo que ya es hora de que bajemos —dijo *lady Mary* tras colocar la cola del vestido a su hija—, ya sabes lo poco que les gusta esperar a tu padre y a tus hermanos.

Levantando ligeramente la falda, María se encaminó hacia la puerta entreabierta de su cuarto. No pudo evitar que una sonrisa se le asomara a los labios al imaginarse a sus hermanos paseando con impaciencia mientras eran saludados por los invitados, muchos de los cuales seguro que no eran de su agrado. Su madre era hija de un conde y su padre un rico empresario que, con el tiempo, y su parentesco con el conde de Rohard, se había hecho un hueco en la alta sociedad inglesa. Sin embargo, aquella rara tendencia a no tener hijos propios y a adoptar niños de la calle se había visto con recelo entre sus iguales; porque las pequeñas obras de beneficencia estaban bien vistas, mucho más si servían de pretexto para dar una fiesta en la que poder alternar, pero la filantropía de los Lezcano era considerada por muchos como una mera ostentación de su poder económico. Lástima que ninguno de ellos mirara más allá, para apreciar a la familia tan feliz que habían formado.

A sus diecinueve años, María estaba segura de que su infancia no se había parecido en nada a la de otras herederas. Había recibido todos los conocimientos propios de una dama de su clase relacionados con las obligaciones de una buena esposa y madre, pero también sabía de música y leía casi todo lo que llegaba a sus manos. Sus padres siempre habían sido permisivos con las lecturas porque creían que todos los seres humanos, hombres y mujeres, debían generar y ser dueños de sus propias ideas. Aunque lo más especial de su infancia eran sus hermanos. Aquellos que, a pesar de no ser hermanos de sangre, sí eran los mejores compañeros de vida que cualquiera podría desear.

En primer lugar estaba Martha, la mayor y también la más responsable. Puede que porque le llevaba más de diez años, María la recordaba desde siempre como una segunda madre. Les abrazaba y arrullaba a todos por las noches

mientras les cantaba canciones irlandesas, y como María era la más pequeña, siempre la protegía cuando alguno de los demás se enfadaba. Gracias a ella sus padres jamás necesitaron los servicios de una institutriz, y únicamente contrataron a un profesor para que les instruyera.

Martha era hermosa e inteligente y, pese a no poseer linaje, hacía ya cuatro años que se había casado por amor con el capitán Adam Howard, unión que hizo feliz a toda la familia y que se celebró por todo lo alto en Lezcano's House. Y aunque la veían menos desde que se había mudado a la casa de su marido, la mansión del capitán no se encontraba muy lejos de Sweet Brier Path, la región en la que también se hallaba su hogar.

Los más cercanos a María en edad eran Robert, al que no sabía por qué todos llamaban Magpie, y que le enseñaba todas las trampas para ganar a las cartas, y Lizzie, quien, junto con Martha, había compartido vestidos, muñecas y demás juguetes. A sus veintidós años, Lizzie les había dado una sorpresa el pasado invierno al prometerse nada menos que con un vizconde. El señor Christopher Stewart, lord Castlereagh, y ella se habían conocido en una velada musical durante uno de los viajes de la familia a Londres, donde él se había enamorado nada más verla. Su boda se había anunciado para ese mismo verano en la catedral de Saint Paul.

Los tres chicos del medio, Peter, Paul y Archie, tenían la misma edad, lo que les facilitó ser grandes compañeros de travesuras. Les encantaba cazar bichos en el campo para después dejarlos entre los objetos de las criadas. María siempre quiso formar parte de su pequeño club de fechorías, pero ellos jamás la admitieron; puede que porque si lo hubieran hecho, Eric les habría matado.

Eric era algo así como el guía de aquella extraña tribu. Por eso en todos los recuerdos que María tenía de su infancia ella aparecía pegada a sus talones mientras le perseguía a todas partes tratando de obtener su atención. Todos res-

petaban a Eric porque durante la época en que vivieron en la calle, antes de conocer a sus benefactores, él fue el encargado de mantenerles a salvo. Eric no solo era el mayor y más fuerte, sino también el más valiente e inteligente de todos. Su habilidad infantil para birlar monederos sin que sus ricos dueños apenas percibieran su presencia había sido substituida por una inusual destreza en los negocios, un talento del que su padre se había valido en numerosas ocasiones, y que en la actualidad le convertía en una estimable pieza en el ingente entramado empresarial de la familia.

Al contrario de lo que todos creían, María nunca había pensado en Eric como en un hermano. El sentimiento fraterno que le inspiraba el resto de su familia no se parecía nada a lo que sentía por Eric. María soñaba con él desde antes incluso de saber lo que significaba soñar. Le admiraba cuando tan solo era un muchacho y ella una niñita traviesa, y la admiración había arraigado en su interior como una intensa pasión por el hombre en que se había convertido.

—¿Bajamos ya, cariño?

La apremiante voz de su madre la trajo al presente. Asintiendo, María se permitió un último vistazo al espejo. Todo estaba en su sitio, y seguro que a su padre le agrada- ría el vestido. Pero ¿qué pensaría Eric? Su relación había cambiado tanto que ya no sabía qué esperar; había pasado de guía y cómplice en la infancia a casi un desconocido en la actualidad. Ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que hablaron a solas.

María atravesó la estancia para reunirse con su madre, que la esperaba sonriendo junto a la puerta de su cuarto. Se percató entonces de que las personas que más quería la aguardaban para celebrar una fiesta en su honor y una enorme sonrisa creció en sus labios para corresponder a la de su progenitora.

Mientras recorrían el largo pasillo del primer piso, María acomodó su paso a la velocidad de la silla de ruedas. Una

doncella se aproximó a ellas, pero *lady Mary* rechazó su ayuda.

—¿Te gustaría empujarme hasta el elevador?

María observó el cariñoso orgullo con el que su madre la miraba y sonrió ampliamente antes de asentir. Sabía cuánto valoraba su independencia y que nunca pedía ayuda, por lo que cada rincón de la mansión estaba adaptado a su discapacidad. Sin embargo, en aquel momento su madre quería que la empujara porque ansiaba aparecer junto a ella. ¿Cómo explicarle a aquella maravillosa mujer que sentía exactamente el mismo orgullo? ¿Cómo decirle que no podía estar más feliz de tener a la madre más generosa que existía bajo el cielo?

María la contempló con amor.

—Será un verdadero honor empujarte hasta la fiesta —contestó, en un tono tan formal que las hizo reír a ambas.

El lacayo encargado del elevador cerró las puertas cuando las dos se hubieron acomodado en la cabina y comenzó a tirar del cable que accionaba su movimiento descendente. El aparato estaba compuesto de un compartimiento que se desplazaba arriba y abajo a lo largo de un hueco vertical por medio de un mecanismo de polea y contrapesos. Su padre había importado la idea de su empresa constructora de Norteamérica para que la casa resultara lo más cómoda posible para su esposa. De esta forma, *lady Mary* podía moverse libremente por toda la mansión.

El elevador se detuvo y el lacayo se apresuró a abrir las puertas. *Lady Mary* empujó la silla para salir en primer lugar y no robar protagonismo a su hija.

—Feliz cumpleaños, *milady* —dijo el criado con timidez antes de que María abandonara el habitáculo.

Ella le sonrió ampliamente.

—Muchas gracias, Edward. Bueno —suspiró, alisándose la falda y encarando la puerta—, allá vamos.

En el vestíbulo de la mansión la esperaba toda su familia. Su padre, que se había acercado a besar a su esposa,

fue el primero en reparar en ella.

—Cariño, ¿no podías haber sido un poquito más conservadora?

—Oh, por el amor de Dios —interrumpió *milady Mary*, reconociendo el tono de censura en la voz de su esposo—, no seas antiguo. Tu hija es una mujer preciosa, deja que todos esos nobles rancios te envidien.

—No creo que sea envidia lo que sientan al verla con ese vestido —refunfuñó.

La reprobación de su padre hizo que la seguridad de María disminuyese varios grados.

—Diego —susurró su madre, observando a su esposo con aquella insondable mirada violeta—, tu hija está preciosa, y está ahí de pie aguardando a que se lo digas.

Diego Lezcano suspiró, señal clara de que, como de costumbre, su esposa había ganado la discusión. Inclínandose sobre la silla de ruedas, tomó su delicada cara entre las manos y le plantó un beso en los labios. La presencia de sus hijos no fue impedimento para que aquel beso durase más de lo necesario, pues jamás habían escondido las muestras del amor que se profesaban.

—Hija mía —dijo al fin su padre, irguiéndose y volviéndose hacia ella—, estás absolutamente radiante. Debes disculparme, pero me cuesta hacerme a la idea de que ya eres toda una mujer. De hoy en adelante tendremos que empezar a prepararnos para la turba de admiradores que se amotinará a nuestra puerta.

Aquella ocurrencia hizo reír a María. Tras abrazar y besar a su padre en la mejilla, sus hermanos fueron acercándose para felicitarla.

—Muchas felicidades, hermanita —exclamó Martha, que fue la primera en abrazarla, seguida por su esposo—. Estás arrebatadora, y creo que hoy varios herederos van a caer rendidos a tus pies.

—Dios mío, espero que no —respondió ella horrorizada, lo que las hizo reír a las dos.

María suspiró aliviada. Habiendo obtenido la aprobación de su padre, ahora solo faltaba otra opinión trascendental. Su mirada se movió con avidez por todo el vestíbulo en busca de Eric Nash, el héroe de su infancia. Y el dueño de su corazón.

## Capítulo 2

—¡Quieres estarte quieto! —exclamó el señor Lezcano.

Eric Nash miró a su padre adoptivo con una mueca de fastidio antes de apartar las manos de su desastrosa corbata.

—Eric, hijo, ¿por qué no aceptas de una buena vez un ayuda de cámara que te eche una mano con las corbatas? Así dejarías de ir por ahí con estos nudos espantosos.

—Me visto solo —gruñó el joven como respuesta.

Diego Lezcano terminó de arreglarle el lazo sin apenas poder disimular la sonrisa pues, aunque Eric se reservaba su opinión, sabía exactamente lo que pensaba en aquella ocasión: que un ayudante para vestirse no era más que otra de las tantas invenciones estúpidas que los ricos se permitían..., a pesar de que ello implicara ir siempre con el nudo de la corbata hecho un completo desastre.

Eric observaba al señor Lezcano desde arriba, ya que a sus veintisiete años le superaba en estatura en varias pulgadas. Miró la expresión divertida en el rostro maduro y se sorprendió al comprobar lo poco que había cambiado desde que le había conocido, aquel día en que trató de robarle la cartera en una de sus aventuras de ratero por las calles londinenses; tan solo unas canas plateadas en las sienes y apenas unas arrugas junto a las pestañas eran los únicos signos con los que el tiempo había marcado el aspecto de aquel hombre formidable.

—Ya está —informó satisfecho—. Y ahora, no tires de él o lo estropearás otra vez.

Estirando el pescuezo, Eric introdujo un dedo en el alto y rígido cuello de su camisa de gala.

—¿Quién inventaría algo tan absurdo?

La carcajada del padre atrajo la atención de todos sus hermanos, congregados en el vestíbulo mientras esperaban a que su madre y María se les unieran.

—No lo sé —contestó el señor Lezcano con la voz afectada por la risa.

Mientras su poco usual familia esperaba a dos de sus miembros más importantes, la mayor parte de la alta sociedad británica disfrutaba ya de la música de la orquesta en el salón de Lezcano's House, la mansión que el señor Lezcano había construido después de su matrimonio con *lady Mary* en la finca en la que residía el hermano de ella, y también su socio. Aunque las dos mansiones estaban en la misma propiedad, el bosque de Sweet Brier Path se alzaba entre ambas casas, permitiendo a las dos familias mantener cierta intimidad.

Eric permaneció de pie en el vestíbulo mientras Martha supervisaba el aspecto de todos los hombres de su familia, incluidos su marido y su padre. Cuando le tocó el turno, su hermana le observó de arriba abajo con gesto apreciativo.

—Vaya, Eric, hoy estás francamente elegante.

Él bajó la cabeza observándose a sí mismo; su traje de gala estaba impecable.

—¿Quiere eso decir que normalmente no soy elegante? —preguntó con una sonrisa.

La cantarina risa de Martha se elevó sobre el sonido de la música y las animadas charlas de sus hermanos.

—Eric, sabes que te quiero —aseguró ella antes de darle un fraternal abrazo—, pero normalmente tu aspecto se parece más al de un mendigo que al de un exitoso hombre de negocios.

Sonriendo, él no pudo evitar pensar con ironía que jamás había dejado de parecer aquello que en realidad era: un chico de la calle. Su hermana regresó al lado de su mari-

do y lo tomó del brazo. Eric observó el rostro de hombre enamorado del capitán Howard y exhaló un suspiro de sosiego. Porque aquella muchacha que había cuidado de todos ellos durante los duros años de supervivencia en las calles de Londres se había convertido en una radiante dama, feliz al lado de un compañero que la cuidaba y con quien pronto formaría su propia familia.

Los ojos de Eric recorrieron el resto de la comitiva que se reunía en el vestíbulo. Vestidos con sus mejores galas, Peter, Paul y Archie se esforzaban en mantener la compostura mientras se lanzaban pullas en voz baja. Lizzie se movía inquieta junto a ellos, impaciente por comenzar el primer baile junto a su prometido. Y Magpie, que parecía igual de intranquilo que Lizzie, tenía sus mismos problemas con el lazo de la corbata.

Todo aquello terminó por arrancarle otra sonrisa a Eric. Siempre le había encantado la familiaridad que se había dado entre ellos, incluso cuando su vida no era nada fácil y malvivían en las calles de Londres. Cuando tan solo eran unos niños, cada uno con una historia triste a la espalda, que celebraban a diario que seguían vivos. Eric los había conocido durante una fría noche de invierno en la que debió refugiarse en una fábrica abandonada para no morir congelado, un lugar que llevaba varios meses ocupado por ellos; el mismo tiempo que el grupo había tardado en formarse, tras descubrir que la supervivencia era más sencilla si permanecían juntos.

Lizzie trabajaba de criada en una buena casa en la que no le pegaban; Peter era el ayudante de un deshollinador que lo maltrataba, hasta que decidió abandonarlo y comenzar a limpiar las chimeneas londinenses en solitario; Paul y Archie ayudaban a descargar los pesados fardos que los barcos traían a la capital, y Robert, al que antes de la adopción de los Lezcano conocían como Magpie, había desarrollado un excepcional talento para el hurto.